

Puente de plata para un provechoso encuentro entre la *nueva* historia y la psicología contemporánea. Pretextos para un diálogo necesario

Juan Antonio Vera Ferrándiz
Universidad Autónoma de Murcia

Resumen

El propósito de las páginas que siguen no es otro que el de presentar este número monográfico dedicado a las funciones de la historia de la psicología en la investigación contemporánea.

En el curso de esta presentación, reflexionamos respecto de la evolución de la historia de la historiografía de la psicología, sobre la (escasa) repercusión que los trabajos de la nueva historia de la psicología tienen en el conjunto de la comunidad psicológica y acerca de los motivos que pudieran explicar dicha situación. Después, se recapacita sobre algunas estrategias al alcance del historiador de la psicología para hacer que su trabajo resulte más atractivo para los investigadores y, sobre todo, se apuesta por generar un espacio común que permita la comunicación fluida entre historiadores y psicólogos. Finalmente, se presenta brevemente a los colaboradores y sus trabajos.

Palabras clave: Historiografía de la psicología, Historiografía crítica, Nueva historia de la psicología, reflexividad, Relaciones entre historia y psicología.

Abstract

The aim of the following pages is to introduce the present monographic issue, which is devoted to the functions played by the History of Psychology in current psychological research.

Several topics are here discussed. Firstly, a general approach is made to the development of historiography of Psychology, as well as to the weak impact exerted by the new history of Psy-

NOTA: Contacto con autor/editor: Departamento de Psicología Básica y Metodología. Campus de Espinardo. Universidad de Murcia. Apartado 4021 – 30080 Murcia (España). Tfn.: 968 363 481. E-Mail: javera@um.es.

chology on the psychological community as a whole, and the causes that may explain it. Some strategies within the reach of the historian of psychology for making his work more attractive to researchers in psychology are then considered. Above all, an attempt is offered to meet the challenge of generating a common space allowing an easier communication between historians and psychologists. Finally, both the contributors and their papers are briefly presented.

Keywords: Historiography of psychology, Critical historiography, New history of psychology, reflexivity, Relationships between history and psychology

1. INTRODUCCIÓN

Este número de la *Revista de Historia de la Psicología* está pensado como un lugar de encuentro entre la investigación en historia de la psicología y la investigación en psicología básica. El germen que precipitó su alumbramiento se encuentra en la reunión intermedia que tuvo lugar en Madrid, en noviembre de 2006, y en donde se propuso como tema de discusión el de «las funciones de la historia en la investigación psicológica contemporánea». En la convocatoria de la reunión, que entonces se publicó en el *Boletín de la Sociedad Española de Historia de la Psicología* (SEHP)¹ terminaba mi llamamiento con la siguiente reflexión:

En fin, Historia y Presente, enfrentados en un efectivo juego de espejos que tendría que actuar como un puente de plata, no para el supuesto enemigo que huye, sino para el seguro aliado al que se espera encontrar (Vera, 2006a, p. 23).

De ahí el título escogido para la presentación de este monográfico. En efecto, si los historiadores de la psicología pretendemos participar en la vida académica, en la docencia y en la investigación, de un modo activo y, si además, queremos ser escuchados por nuestros colegas, tal vez se impone un momento de análisis y reflexión. Análisis de las necesidades que los propios investigadores pudieran tener con respecto de la historia –incluyendo la posibilidad de que estas fueran *nulas*– y reflexión también acerca del propio trabajo del historiador, por ver si es que lo estamos haciendo tan mal que no merecemos ser oídos –no hay que excluir tampoco esta posibilidad–; o si es el caso de que la propia historia *profesional* de la psicología *necesariamente* ha de estar condenada a casar mal, por las cosas que cuenta, con los intereses de los investigadores y docentes en activo (Danziger, 1994). Pero ¿dónde está el motivo de tanta preocupación? ¿Está

1. Cualquiera que esté interesado en consultar los *Boletines* de la SEHP, puede hacerlo en su versión electrónica, que se encuentra hospedada en la página Web de la Sociedad (<http://www.seph.org>).

realmente justificada una alarma tal, como para pensar en que la práctica de la historia de la psicología ha de ser clasificada como un deporte de riesgo, que debe percibirse al historiador como una especie en vías de extinción? Me temo que, por el rumbo que está tomando la sociedad contemporánea, la respuesta ha de ser afirmativa. Hasta tal punto como para animar a la confección de monográficos como el presente y como el que le precedió el año anterior, y sobre el que enseguida volveremos.

Por consiguiente, tanto la reunión celebrada en noviembre de 2006, como el presente número, forman parte de una sentida necesidad de reflexionar acerca del lugar de la historia de la psicología en la Universidad, tanto desde el punto de vista docente y organizacional como del científico. Necesidad que nace, en buena medida, de cierta sensación de aislamiento que ha venido anidando en el ánimo de los historiadores de la psicología (y no sólo de los españoles) desde hace algunos años. Razones objetivas parece que no faltan. Sin embargo, más que quedarnos mirándonos el ombligo, que diría el castizo, o lamentándonos de nuestra supuesta exclusión de los debates de actualidad, lo importante es atender al reto de repensarnos, de comprometernos con un saludable ejercicio de introspección colectiva que nos permita salir fortalecidos como grupo de profesionales con el derecho, y el deber, de cultivar una parcela del saber que corre (diríamos, si fuéramos excesivamente ingenuos, que *incomprensiblemente*) cierto peligro de desertización. Piensen, si no, en las dificultades de promocionar académicamente con que se encuentra un investigador centrado en cuestiones de historiografía de la psicología o en la suerte que le espera a la enseñanza de la Historia de la Psicología en el futuro próximo.

Precisamente, con la vista puesta en la inminente reorganización de la enseñanza universitaria en España, el anterior número monográfico de esta revista, aparecido en marzo del año pasado (vol. 28, n.º 1), estuvo dedicado al examen de las funciones de la historia de la psicología en el contexto del Espacio Europeo de Educación Superior. En la introducción al mismo, realizada por los editores invitados (Blanco y Castro, 2007), se subraya el extrañamiento que se está produciendo entre 'saber' y 'utilidad', en el proceso de convergencia de las enseñanzas universitarias en el territorio europeo, cuyo inicio podemos situar al final del siglo pasado con las declaraciones de La Sorbona y Bolonia. En opinión de los editores, que en buena parte suscribimos, la promoción y el cultivo del conocimiento han dejado de considerarse útiles *en sí*, para hacer depender su grado de utilidad de su potencial *aplicabilidad* inmediata y aprovechamiento por parte del mercado. Siendo *utilidad* y *mercado* dos conceptos difícil de desvincular, es el caso que la mayoría de las veces el significado de la primera viene constituido por las reglas del segundo, como muy bien nos cuenta Alberto Rosa en su trabajo incluido en el presente número. En este sentido, los editores del anterior monográfico se dolían en tono irónico, que creo que es una de las pocas formas elegantes de dolerse en público, del arrinconamiento al que estaba siendo sometida la historia de la psicología.

Situación producida por el avance imparable de una concepción de la ciencia, y de su enseñanza en las Universidades, en la que prima la *utilidad*, así definida, por encima del cultivo desinteresado del saber, sometiéndolo todo a lo que ellos llaman la 'lógica del beneficio'.

La respuesta de los editores del número comentado, ante el aislamiento de la historia de la psicología y el abatimiento que puede destilarse de aquél, no fue otra que la de ofrecer una contundente obra colectiva, en la que se recapacita sobre las virtudes y defectos de diversas fórmulas historiográficas con las que se puede construir un relato histórico, y sobre lo razonable que parece que la historia de la psicología siga ocupando un lugar destacado en la formación de nuestros estudiantes. No es éste el momento de glosar en detalle el alcance de las distintas y destacadas colaboraciones que allí aparecen, pero sí queremos, al menos, recordar el motivo que las suscitaba: el convencimiento generalizado de que la supresión de la historia de la psicología, o aun su *depreciación* en los *curricula* de las Universidades Europeas, con el argumento de la convergencia como excusa, no haría más que fulminar, al contrario de lo que se dice pretender, la posibilidad real de que los egresados de las Facultades de Psicología pudieran adaptarse 'flexiblemente' al cambiante mercado de trabajo. Según Fuentes (2007) existe una contradicción interna entre la reducción o eliminación de las materias humanísticas y la *flexibilización mental* del psicólogo profesional, es decir, es imposible *producir* 'trabajadores' muy preparados, y adaptables a un mercado en continua transformación, que carezcan de toda capacidad de abstracción y crítica. Es por ello que, según Fuentes (*ob. cit.*), las metas que persigue *el espíritu de Bolonia*, ese ominoso fantasma, no sólo pueden ser para algunos éticamente censurables, sino que también son teóricamente inviables.

La preocupación que despierta en muchos de nosotros el destino que pueda correr la historia de la psicología, sin embargo, no se reduce al ámbito de la docencia universitaria. Por eso, y en la línea de querer completar con el presente monográfico la reflexión iniciada en el anterior, en este caso reorientamos nuestro examen hacia las funciones de la historia en el dominio de la investigación. Por esto hemos querido darle la palabra, no ya a colaboradores que hacen de la investigación en asuntos de epistemología o de historia propiamente dicha su principal ocupación, sino a psicólogos que trabajan en algún campo de especialización determinado (atención, memoria, pensamiento), por mucho que mantengan, o hayan mantenido, cordiales relaciones con la historia. Como adelantábamos al principio, nos interesaba ahora pulsar sus opiniones, intercambiar impresiones, contrastar pareceres, *conocernos* mejor, en definitiva.

No obstante, antes de presentar los trabajos que constituyen el presente número, quizás pueda resultar oportuno empezar por el examen, necesariamente breve, de la propia historia de la historia de la psicología para poder enfocar nuestro presente con un poco más de luz. Será ésta una forma de predicar con el ejemplo, en la medida que

en el espíritu de estas páginas reside la idea según la cual todo investigador, también el especializado en asuntos historiográficos, se va a volver mucho mejor investigador si no trabaja de espaldas a su propia historia. Procedamos pues.

2. LA HISTORIA DE LA HISTORIA. DE DÓNDE VENIMOS, DÓNDE ESTAMOS

Desde que Robert I. Watson denunciara la precaria situación académica en que se encontraba la Historia de la Psicología, solo practicada por unos pocos y, además, con una muy escasa preparación metodológica, hasta que Franz Samelson ponderara las excelentes condiciones en que nuestra disciplina se hallaba a finales del siglo XX, en términos de la profesionalización de los historiadores de la psicología, de la enorme producción de trabajos de corte historiográfico, de la notable calidad de la investigación realizada y del cuerpo de conocimientos reunido, pasaron cuarenta años (cf. Watson, 1960 y Samelson, 1999). Cuatro décadas que habían permitido a los historiadores de la psicología tomar conciencia de sus deficiencias formativas, forjar toda una red institucional que garantizara la *profesionalización* del historiador (revistas especializadas, congresos, cursos de especialización y doctorado, promoción de cátedras, etc.), comprometerse intelectualmente con su condición de historiador de *una ciencia* un tanto particular y, en consecuencia, asumir su adscripción profesional en el ámbito de la *Historia de la Ciencia* aunque sin perder de vista nunca las peculiaridades propias de la *psicología*.

Efectivamente, lo que de algún modo ocurrió durante los cuarenta años finales del siglo pasado es que, por un lado, cada vez más se fue tomando conciencia por parte del historiador de la necesidad que tenía de someterse a los criterios metodológicos de la historiografía de la ciencia, al tiempo que, por otro lado, en el cotidiano desempeño de su profesión se le iba mostrando cada vez con mayor nitidez que *las peculiaridades de su objeto* no le permitían aplicar del todo las mismas herramientas explicativas que las utilizadas por el historiador de la física, por ejemplo. Mientras que los psicólogos no consideraron un prerequisite dedicar parte de su tiempo a formarse en historiografía, y disciplinas auxiliares, antes de ponerse a escribir historias de la psicología, las posibles fricciones entre esos dos conceptos de *historia* y *psicología* se mantuvieron larvadas. Sin embargo, cuando los estándares metodológicos empezaron a ser vigilados más de cerca por el historiador, las contradicciones latentes se manifestaron con toda su crudeza. En mi opinión, la tensión generada por la colisión entre método y objeto, entre *historia* y *psicología*, propició que algunas sustancias teóricamente tóxicas traspasaran la barrera hematoencefálica del historiador de la psicología. Cuando los historiadores, y también otros psicólogos con inclinaciones

socio-históricas o *culturalistas*, comenzaron a poner en cuestión la supuesta *naturaleza* de los objetos psicológicos o incluso la supuesta *naturaleza* del ser humano, montarse el ‘Dios es Cristo’ fue solo una cuestión de tiempo.

Uno de los más peligrosos elementos tóxicos –según es percibido por el sistema inmunológico de la mayoría de los psicólogos dedicados a la investigación experimental (Cf. Morawski, 2005)– que se introdujo en la cabeza de algunos historiadores de la psicología, consistió en el simple hecho de advertir el fenómeno de la *reflexividad* que se da en psicología entre el investigador y el objeto de la investigación. Y uno de los primeros autores que contribuyeron a incubar esta sospecha en el historiador de la psicología fue K. J. Gergen, quien sostenía, hace ya veinticinco años (Gergen, 1973), una tesis relativa a la naturaleza de ‘lo psicológico’, con necesarias consecuencias teóricas para el historiador de la psicología que la asumiera: aun aceptando, dirá allí, que la física trabaja con objetos estables, a los que, además, no les importa lo que se sepa de ellos, la psicología lo hace con unos peculiares ‘objetos’ que modifican su propia naturaleza en función de las explicaciones que se ofrecen de ellos. De estar en lo cierto este autor, los historiadores de la psicología deberían armarse con herramientas historiográficas propias, no tomadas prestadas de los historiadores de otras ciencias, que pudieran hacerse cargo de las peculiaridades de la disciplina que han de historiar, la cual trabaja con unos *objetos* que difícilmente pueden considerarse de *naturaleza* fija e inmutable.

La *reflexividad* psicólogo-objeto psicológico, es uno de esos atributos diferenciales de la psicología con respecto a las ciencias naturales, que fue calando lenta pero eficazmente en la comunidad de historiadores de la psicología a partir de la década de los setenta. Una propiedad que hace únicas a las ciencias humanas, venían a decir algunos (Flanagan, 1981; Smith, 1998). Pues bien, esa *reflexividad* básica que se establece entre sujeto y objeto de investigación en psicología, hace mucho más complicado el objetivo de delimitar con precisión las relaciones entre sujeto y objeto de conocimiento y mucho más acentuado el *carácter social de los objetos científicos resultantes* y, por ello, se presentan tan inadecuadas las categorías historiográficas de las ciencias naturales. Esto no implica necesariamente tener que aceptar que el físico, por ejemplo, elabora sus teorías al margen del sistema histórico-social que determina su horizonte de posibilidades, sino que las explicaciones que se ofrecen de la física, como ya hemos dicho, no redundan en las inclinaciones conductuales de los objetos investigados; ni éstos, a su vez, demandan descripciones científicas para sí mismos. En todo caso, según nos interesa hacer notar ahora, para los historiadores contagiados por la noción de *reflexividad* es mucho más difícil aceptar que la psicología pueda ofrecer descripciones neutras y ven inapropiado, por tanto, concebir los *objetos* psicológicos como algo distinto, e independiente, de una construcción social en un sentido mucho más fuerte de lo que sería necesario para la física.

El caso es que cuando un historiador se encuentra comprometido con el reconocimiento de la reflexividad, como característica diferenciadora de las ciencias humanas, entonces es mucho más fácil dejarse vencer por otras inclinaciones teóricas que son, en cierto modo, corolarios que se desprenden de afirmar la existencia de aquélla: lógicamente, la importancia que adquiere el examen del contexto histórico-social en el que se gestan los 'objetos' psicológicos, será uno de ellos. Y, en consecuencia con lo anterior, la 'saliencia cognitiva' que alcanza para este tipo de historiador lo que durante tanto tiempo se ha llamado 'historia externa' es inevitable, como trataremos de mostrar en breve con un par de ejemplos. En la década de los ochenta ya son legión los historiadores que acentúan la importancia de este tipo de análisis de corte más 'externalista'.²

Pero, por clarificar algo más el sentido hacia el que se orientaba la historiografía de la psicología desde entonces, vamos a centrarnos en dos trabajos que permiten atestiguar las dimensiones del cambio historiográfico que se avecinaba. Pertenecen a las plumas de Kurt Danziger y David Leary. El trabajo de Danziger, de corte metodológico, nos parece emblemático del *giro historiográfico* que estamos comentando y el de Leary resulta una muestra palmaria y concreta del tipo de historias que se estaban escribiendo en términos generales al aliento de tales concepciones.

3. AFIRMACIÓN DE UNA NUEVA HISTORIA CRÍTICA DE LA PSICOLOGÍA

Danziger publicó en esta misma *Revista de Historia de la Psicología* un trabajo en 1984 bajo el título: *Towards a conceptual framework for a Critical History of Psychology*, en el que enunciaba los puntos centrales de la nueva historiografía que se estaba gestando. Para Danziger (1984) la *crítica* del historiador crítico ha de estar dirigida: (a) hacia las fuentes y autoridades históricas, evitando repetir 'clichés' establecidos; (b) hacia los presupuestos y compromisos que configuran el horizonte teórico de los propios historiadores y, como consecuencia, determinan sus trabajos; y (c) hacia la propia psicología, tratando de comprenderla en perspectiva histórica y no asumiendo una progresión predeterminada hacia el presente. Estos son tres *mínimos* en los que, según

2. Al margen de la diversidad de modelos, temáticas y aproximaciones metodológicas, libros de autoría individual o colectiva como, por poner sólo unos ejemplos, los de Buss (1979), Bringmann y Tweney (1980), Brozek y Pongratz (1980), Woodward y Ash (1982), Graham, Lepenies y Weingart (1983), Buxton (1985), O'Donnell (1985), Ash y Woodward (1987), Leahey (1980, 1987), Benjamin (1988) y otros, se nos presentan ya en esta década como la más seria manifestación del fuerte establecimiento de una forma de hacer historia bastante consolidada, en la que uno puede columbrar de inmediato el giro conceptual que estaba padeciendo la historiografía de la psicología.

pensamos, se ratificaría cualquier historiador actual y que representan, en opinión de Danziger, un sentido *débil* de la historiografía crítica.

Pero Danziger también habla de una historiografía crítica en sentido *fuerte*, cuya muestra más representativa, en nuestra opinión, es el '*Constructing the subject*' del propio Danziger (1990), libro que significa la consolidación de su programa historiográfico. Las características diferenciadoras de esta *versión fuerte* de la historiografía crítica, también son señaladas en el trabajo de 1984 que ustedes pueden leer en esta revista. Desde este punto de vista: (a) se niega el naturalismo simplista que concibe a los 'objetos' psicológicos como 'cosas' que están ahí para ser analizadas sin más; 'atención', 'sensación', 'percepción', 'sujeto experimental', 'paciente', etc., son 'objetos psicológicos' que *emergen* por razón de la propia actividad investigadora de los psicólogos; los objetos psicológicos, como cualquier objeto científico, son *producto de una construcción humana*. (b) Para Danziger los 'objetos' psicológicos, no sólo son producto de una construcción humana sino que, debido al problema de la reflexividad que ya hemos comentado, son objetos '*socialmente construidos*'; los objetos psicológicos, a diferencia de cualquier otro objeto científico, desde su origen están condicionados por el patrón social en que se generan: la relación 'investigador'-sujeto experimental' *es social* desde el mismo inicio. Y (c) los objetos psicológicos no son el resultado de la aplicación individual de una lógica abstraída de los intereses sociales; la misma existencia de una comunidad de expertos -y el principal significado del laboratorio de Wundt fue el de establecerla en psicología-, justifica la aceptación de un 'sujeto colectivo', como el *agente* real de la producción de los conocimientos psicológicos (cf. Tortosa y Vera, 1996). En este sentido, Danziger se preocupa mucho por dejar claro que no se trata de que lo *social* (o *externo*) influya en lo *intelectual* (o *interno*), puesto que no existe tal dualismo.

El objeto de una historia crítica no consiste en cuerpos inertes sino en actividades humanas en las que los aspectos social e intelectual son inseparables. Las actividades que constituyen a los objetos psicológicos son igualmente sociales e intelectuales. En el mismo acto de generar cierto contenido cognitivo se están reproduciendo formaciones sociales particulares y anticipando los intereses de grupos definidos (Danziger, 1984, p. 105).³

¿Qué tipo de historias cabría esperar de un convencimiento tal?

3. Nos hemos centrado fundamentalmente en el trabajo de Danziger, sólo por tomar como ejemplo a uno de los referentes más claramente identificables con la *nueva historiografía crítica*. Sin embargo, sería una simpleza histórica pensar que el creciente interés por este punto de vista se limita a su sola participación -habría carecido de significado histórico. El mismo año en que Danziger publicaba el *manifiesto* de la historiografía crítica, apareció en el mercado otro libro que venía a certificar que sus opiniones corrían a favor del *Zeitgeist* historiográfico; nos referimos al trabajo editado por Gergen

4. UN EJEMPLO DE NUEVA HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA

Revisemos ahora el trabajo de Leary, un trabajo que pone el acento en cómo el análisis de las circunstancias sociohistóricas concretas ayudan, y mucho, a explicar el carácter que puede adquirir una forma particular de hacer psicología. Me refiero al *Telling likely stories: the rhetoric of the new psychology, 1880-1920* (Leary, 1987).⁴ En un trabajo de 1984, publicado en el mismo número de nuestra *Revista de Historia de la Psicología* en el que aparecía el ya comentado de Danziger, defendía Leary la idea de que lo que hacen los científicos, en un sentido muy literal, es construir historias utilizando tropos y figuras del pensamiento,⁵ y que del mismo modo él, como historiador, trata de contar historias lo más persuasivas que fuera posible. Pues bien, lo que nos cuenta Leary en su *Telling likely stories* es cómo intervienen las alianzas y las estrategias disciplinares a la hora de conseguir un terreno propio de teorización, que a la vez sea adecuadamente financiado y socialmente favorecido. El establecimiento de la ‘nueva psicología’ en EE.UU. será el blanco de su examen. En el trabajo de Leary se reflexiona acerca de cuáles fueron los intereses que llevaron a los pioneros de la psicología americana a su cultivo (James, Hall, Cattell), cuáles las razones que esgrimieron para convencer a sus mecenas, qué tipo de relaciones mantuvieron con la Asociación de Investigadores Psíquicos, y así. En opinión de Leary los ‘nuevos psicólogos’ se aprovecharon de la aceptación pública de los Investigadores Psíquicos y, al tiempo, utilizaron argumentos científicos para desacreditarlos y poder ocupar su lugar académico y sus recursos. Esto no podrían haberlo conseguido de haber existido una clara línea fronteriza que separara los límites de ambas disciplinas. Justamente lo contrario era lo que ocurría, como suele acontecer en los inicios de un nuevo dominio de investigación, porque, como ya hemos discutido, las disciplinas científicas no sólo nacen como respuesta a unos objetos (y unos objetivos) científicos que se descubren espontáneamente en la naturaleza.

y Gergen (1984). El libro representa la conjunción de intereses que vino a establecerse entre una *Historia Social de la Psicología* –en cuyo seno podemos incluir a la *Historiografía Crítica*– y una *Psicología Social Histórica*, cuya cristalización data del clásico trabajo «*Social Psychology as History*» del propio Gergen (1973) que glosábamos más arriba. No es casualidad que estos autores hayan coincidido en volúmenes que son característicos de esta orientación (p. ej., Buss, 1979; Leary, 1990; Rappard, Strien, Moss y Baker, 1993a, 1993b), y en los que participan buena parte de los historiadores más prestigiosos de la actualidad.

4. Decía Agassi (1963) que cualquier historia que fuera fascinante y atrajera la atención de los lectores (siempre dentro de los límites de la evidencia conceptual y factual) era una buena historia. En nuestra opinión, un ejemplo de lo más jugoso, divertido y edificante, de las buenas historias, muy en la línea de la aproximación que estamos comentando, lo constituye este trabajo de Leary.
5. Un volumen por él editado seis años después está íntegramente dedicado a las raíces metafóricas del pensamiento científico en general y del psicológico en particular (Leary, 1990).

Como documentadamente demuestra Coon (1992), los defensores más importantes de la ‘nueva psicología’ habían sido los encargados, pocos años antes de la creación de la APA, de fundar la ASPR, es decir, la Sociedad Americana para la Investigación Psíquica; nos referimos a miembros fundadores de dicha asociación como Hall, Baldwin, Jastrow, Ladd, James y otros. Incluso la misma terminología fue a menudo utilizada ambiguamente en la literatura del momento, en la que se intercambiaban el significado los términos ‘*psíquico*’ con ‘*psicológico*’ sin ninguna precisión. Ejemplos bien expresivos de la falta de claridad son la existencia en Inglaterra de una revista dedicada al espiritismo denominada *Psychological Review*, diez años antes de que apareciera su homónima americana; y la actitud de Wundt en Alemania, quien tuvo que cambiar el nombre que había pensado dar a su revista, *Psychologische Studien*, por el de *Philosophische Studien*, muy probablemente por las mismas razones terminológicas (Coon, 1992).

No cabe duda de que esta situación fue en parte culpable de que los psicólogos, ya desde el inicio fueran, como señalara Benjamin (1986), unos socialmente *incomprendidos*. Pero, no hay que olvidar, y este es el argumento de Leary (1987), que ellos mismos se aprovecharon de la situación. Uno de los conceptos por los que los psicólogos pudieron ingresar fondos con los que equipar sus laboratorios era precisamente asegurar a sus mecenas que iban a ser utilizados para la investigación *psíquica*, aprovechándose de la confusión reinante. Y como indica Coon (1992) el propio Hall se aprovechó de esta confusión, al no aclarar a sus patrocinadores que en realidad el *American Journal of Psychology* que iban a financiarle no iba a ser una revista dedicada a la investigación psíquica, sino a la *psicológica*. Esta doble necesidad encontrada –la de mantener las esperanzas que la gente había depositado en los *Investigadores Psíquicos* y la de negar la corrección científica de ese grupo– tuvo como consecuencia negativa la de confundir a la sociedad con respecto al *rol* del psicólogo. Pero también tuvo la contrapartida positiva de relanzar económicamente y socialmente su proyección profesional. *A demás*, la confusión existente también tuvo una última repercusión para la psicología estadounidense que hemos de resaltar en negrita: **afectó profundamente, desde la raíz, al tipo de psicología que se iba a practicar en adelante.**

Argumenta Leary (1987) que antes de *expropiar* el terreno, vía retórica, a los Investigadores Psíquicos, los ‘nuevos’ psicólogos trabajaban con la mente definida por Wundt en Alemania. En opinión del autor, una de las razones de que los ‘nuevos’ psicólogos americanos estuvieran más orientados hacia una psicología funcional en la que tenían cabida todo tipo de ‘mentes’ (no sólo la adulta, normal, general, masculina, etc.) fue debido, en parte, a la acogida pública que habían conseguido anteriormente en ese terreno los Investigadores Psíquicos.⁶ En lo único que fallaron, según Leary,

6. Una de las razones *entre otras*, claro está. Tampoco hay que olvidar, por ejemplo, la importancia que la reforma educativa norteamericana tuvo para la implantación de la psicología aplicada como un promesa profesional de perfeccionamiento de los educadores (O’Donnell, 1985).

los ya no tan ‘nuevos’ psicólogos fue en establecer un vocabulario común, salvar una metáfora que sirviera para contar historias más que probables para toda la comunidad de psicólogos, pero en Norteamérica la misión institucionalizadora de la psicología estaba lograda. Y el propio objeto de investigación de esta forma definido.

Creo que son suficientes estos comentarios para subrayar el cambio teórico que se produjo dentro de la historiografía de la psicología durante el lapso temporal que ocupa las décadas de los sesenta, setenta y ochenta del siglo XX, por su énfasis en las circunstancias concretas, por su atención a determinados acontecimientos y autores (y autoras) otrora descuidados, por su ruptura con la dicotomía interno/externo, por su posición crítica ante la inmutabilidad de los objetos psicológicos, y por un ‘y todo lo demás’ que nos permitirá no seguir cansando al lector. La década de los noventa del pasado siglo continuó poblándose de ejemplares reconocibles en esas prescripciones historiográficas. Sin embargo...

5. INTENTO DE BALANCE: CUÁNTO HEMOS GANADO LOS HISTORIADORES CON NUESTRA PARTICULAR ‘REFORMA’

Comenzábamos este repaso de la evolución de la práctica de la historia de la psicología comparando los análisis de Watson y Samelson, dos autores separados por cuarenta años de historia, cuyas evaluaciones de la coyuntura en que se encontraba la profesión es tan distante como el lapso temporal que los separa.⁷ Sin embargo, y esto es lo más curioso del asunto, *las moralejas de ambos trabajos vienen a coincidir prácticamente en el mismo punto*: al margen del estado de profesionalización del historiador, y del cambio producido en sus intereses y enfoque, los psicólogos parecen mostrar una especie de sordera selectiva para las historias que se les cuentan, constatándose una irrisoria proyección de los trabajos de historia de la psicología en el conjunto de la comunidad de los psicólogos dedicados a la investigación básica o aplicada.

Resumiendo: al principio se hacían unas pocas historias generalistas que ayudaban a la formación del aprendiz de psicología en todos los sentidos ya conocidos, siendo la dotación de una identidad académica y profesional el objetivo más importante; historias que eran usadas por los investigadores para sus propios propósitos, sólo cuando lo consideraban conveniente en un sentido estratégico (‘mi campo de investigación tiene una gran tradición’, ‘este *es* el tipo de psicología que hay que hacer porque *es la que sanciona la historia*’, etc.), pero nada más. Ahora, con toda nuestra sofisticación y rigor metodológico parece que hemos sido devueltos al desván en el que habita la indi-

7. Una reflexión más detenida relativa a la evolución de la historiografía de la psicología durante las últimas cuatro décadas del siglo XX puede leerse en Vera (2006b).

ferencia por razones bien distintas: ahora, en el mejor de los casos, somos vistos como se mira a ese familiar lejano y un tanto holgazán al que *todavía* (¿y *quosque tandem?*) hay que soportar, que únicamente sabe importunar con sus inútiles opiniones y que bien podía dedicarse a asuntos más serios; y en el peor de los casos, somos percibidos como formando parte de algún tipo de secta constituida por enigmáticos visionarios que proclaman oscuras conjeturas, sólo penetrables para el grupo de los iniciados, sobre un estado de cosas que el resto de los psicólogos son incapaces de observar. El caso es que, como ya denunciaba Brush (1974) en aquel momento en que la historia de la ciencia comenzó a disfrutar de una práctica profesionalizada, parece como si los historiadores de la psicología, cuando no dedicamos el tiempo a perderlo con la narración de aburridos cuentos o en deleitarnos con improductivos ‘chismes’ del pasado, nos regocijáramos traficando con un material literario que podría resultar altamente escandalizador para la moral de cualquier psicólogo bienpensante, en el que circulan explicaciones nada edificantes de nuestro pasado y del discurrir del mismo.

El puente, ese puente de plata que tanto anhelamos, no es que esté roto, es que nunca estuvo construido y funcionalmente operativo. Por lo visto, la comunicación efectiva, no la ceremonial, no parece deberse a un asunto de ‘antes’ o ‘ahora’, sino más bien *de siempre*. «La duda acerca del valor de la historia es crónica», sentenciará Smith (2007, p. 129). En efecto, parece que no es cuestión de una época, sino una propiedad particular del sistema cognitivo de los distintos profesionales con respecto a sus respectivas historias. Al margen de que, en un momento u otro, o en una disciplina u otra, dicha propiedad sea más o menos sobresaliente.

¿No existe otra posibilidad?

A mí, realmente, me gustaría creer que, ante la *ceremonia* historiográficamente vacua y el puntillismo temático en el que puede caer la historiografía profesional, se puede pensar en una tercera posibilidad que nos sedujera y convenciera a ambas partes, a psicólogos y a historiadores de la psicología. Es la siguiente: que, sin abandonar el rigor metodológico que dictamina la altura de nuestros tiempos, seamos capaces de escribir historias *interesantes* para los investigadores. ¿Será posible que, como recordaba insistentemente Koch, aunque en otro sentido y refiriéndose al ámbito de la investigación experimental en psicología (cf., p. ej., Koch, 1961, 1981, 1993), los historiadores cada vez sepamos más y más, de cosas que cada vez importan menos y menos? ¿Estarán, en parte por este motivo, fundadas las aciagas sospechas de Samelson (1999) con respecto al futuro de la historia de la psicología en tanto que disciplina académica? Después de leer el artículo de García-Sevilla y Fuentes (en este número) desde luego que a uno le entran ganas inmediatamente de colaborar con ellos, contándoles las historias que tan meridianamente claro están siendo demandadas. De estar en lo cierto los citados autores, al menos en la asignatura ‘historia de la atención’, los historiadores merecemos un suspenso. En efecto, también podría ocurrir que los historiadores tuviéramos algo de culpa en lo referente a nuestro aislamiento. ¿Por qué no?

Insisto: seguramente, como quiere Rosa (también en este número), la *historia* del historiador profesional tendría que participar en un debate abierto con el psicólogo especializado en su propio dominio de investigación, actuando como *teoría* que enuncia la *historicidad de la propia psique*. Esa sería una función no menor de la investigación historiográfica. Pero tampoco podemos negar el hecho de que, para aquellos psicólogos (tal vez la mayoría) cuya formación experimental y espíritu aplicado les hacen estar muy lejos de estos presupuestos; para aquellos experimentalistas, decía, también podría ser el caso que necesitaran de las explicaciones del historiador, independientemente de la opción teórica de éste último. Tal vez, tengamos que empezar a pensar en los beneficios que obtendríamos, sin tener que renunciar a nuestros presupuestos metodológicos, de conjugar la precisión historiográfica con la selección adecuada de los temas en función de las demandas de nuestros colegas. Casi me parece una obligación que así lo hagamos, aunque sólo sea porque, como nos recuerda Smith (2007), la historia también cuenta entre sus principales destinatarios con la mayoría de los estudiantes y de los intelectuales interesados por la psicología sin ser especialistas ellos mismos en ninguna temática en concreto. En definitiva, conjugar rigor metodológico con sentido del presente. Nosotros estamos obligados a lo primero, nuestros colegas ya se encargarán de reclamarnos lo segundo.

No obstante, algo que me gustaría dejar bien claro es que las reflexiones críticas con nuestro propio trabajo, tal y como acaban de ser expuestas, no deberían confundirse con un aplauso abierto a otro tipo de miradas *críticas* como la que puede verse representada, por ejemplo, en un artículo relativamente reciente en el que se evalúa la *mejora* que representa la *nueva historia*, externalista y centrada en el estudio del pasado por el pasado, con respecto a la historia tradicional, internalista y presentista (cf. Lovett, 2006). Por eso, comienzo la discusión del próximo apartado con un título que responde directamente a una de las preguntas más desafiantes formuladas por el autor de dicho trabajo.

Uno de los trucos argumentales utilizados por Lovett (*op. cit.*) para sembrar dudas sobre la noción de 'mejora' es el siguiente: primero, señala que los 'nuevos' historiadores profesionales se consideran *mejores* que los tradicionales y amateurs historiadores, para, después, preguntarse si esto no será un reflejo consciente o inconsciente de una concepción positivista de la propia historia de la 'historia de la ciencia', concebida como un gradual ascenso hacia la 'verdad' toda vez que se han ido eliminando los 'errores' historiográficos del pasado. Me permitirán ustedes que dedique un pequeño espacio a este debate porque lo considero sustancial en relación con la postura historiográfica que me gustaría defender y también en función de las relaciones entre la historia y la psicología que desearía imaginar como posibilidad para el futuro. Utilizaré como asunto para el debate, siguiendo las reflexiones de Lovett, la noción de *presentismo*, y

su función en la *nueva* y la *vieja* historia, y los criterios de demarcación historiográficos trazados en torno a la también vieja dicotomía formada por el par 'historia interna' *versus* 'historia externa'.

6. SÍ: EN MI OPINIÓN, LA 'NUEVA' HISTORIOGRAFÍA DE LA PSICOLOGÍA ES 'MEJOR' QUE LA 'VIEJA'

Lo primero que he de decir es que creo que, en el fondo, existe una especie de sofisma en la invectiva vertida por Lovett (*op. cit.*) sobre la nueva historiografía, en el sentido de que una cosa es reconocer (o no) las virtudes (o defectos) asociados a las prescripciones de la historiografía contemporánea, y otra bien distinta (y aquí es donde se encuentra el sofisma), argumentar en contra de la posible *superioridad* de la *nueva* historia frente a la *tradicional*, apelando al hecho de que pueda haber historiadores que se autodenominan *críticos* y que escriban malas historias o que caigan en los mismos sesgos interpretativos que pretenden denunciar.⁸

En todo caso, cuando Lovett (*op. cit.*) acierta en alguna de sus críticas, y he de reconocer que esto ocurre, su dardo no puede intoxicar mortalmente el corazón de la 'nueva historia': el sofisma, según ya hemos dicho, consiste en tratar de negar el valor *superior* de la 'nueva' historia de la psicología utilizando el argumento de que también los *nuevos* historiadores pueden incurrir en los mismos errores que denuncian. Pero, no hacer buena historia de la psicología, 'nueva' o 'vieja' depende del historiador y no de los presupuestos que, en principio, rigen en una u otra de las formas de hacer historia. Es decir, si yo creo que la buena historia debe comprometerse sólo estratégicamente con el presente para dar sentido a la explicación historicistamente orientada, y no soy capaz de escapar de la influencia del presente de un modo saludable; o lo que es lo mismo, si yo caigo en los brazos del peor de los 'presentismos', quiere decirse que 'yo' soy incapaz de realizar una historia enmarcada en lo que nuestro añorado Antonio Caparrós llamaba 'presentismo responsable' (Caparrós, 1984), *no que* 'dicho presupuesto' *sea prescindible*.

Dicho de otro modo, si alguien cae de bruces en el presentismo de quien *quiere entender el pasado con las categorías del presente*, claro que está practicando un *mal* presentismo. Sin embargo, creo que, como del colesterol, también aquí podríamos diferenciar entre un *presentismo* malo y un *presentismo* bueno. Esta idea no es nada nueva. Es algo de lo que ya nos avisaron los primeros autores que repararon en esta

8. Posibilidad que Samelson, de un modo rotundo, ya ha constatado como hecha realidad en lo referente a las últimas historias de la psicología social (cf. Samelson, 2000).

fuente de sesgo, por decirlo con Woodward (1980). En nuestra opinión, los límites del conocimiento histórico han de estar marcados por un claro compromiso que combine en proporciones adecuadas el *historicismo* –comprensión del pasado por el pasado– y el *presentismo* –comprensión del pasado por el presente–; compromiso que, como ya hemos dicho, Caparrós (1984) reclamaba como un esfuerzo de *presentismo responsable* o Buss (1977) como un ejercicio de *presentismo crítico*. Así, más que obligar a la elección entre cualquiera de los polos de la dicotomía historicismo-presentismo denunciada por Stocking (1965), diríamos que la selección de la historia y la asignación de significados a los episodios narrados tendría que tender a ser *presentista*, mientras que la interpretación de los acontecimientos (tal y como se dieron) y la explicación de los mismos, está necesariamente sujeta a una dialéctica efectiva entre el *historicismo* explicativo y el *presentismo* signifiante, como, en cierto modo propone el propio Stocking, porque

precisamente porque en la historia de las ciencias de la conducta existen legítimas y convincentes razones para estudiar ‘el pasado por el presente’ es de suma importancia tener claros los riesgos de una aproximación presentista (Stocking, 1965, p. 217).

Por otro lado, Lovett (2006) también trabaja con la dicotomía interno –externo, señalando el hecho de que los *nuevos* historiadores suelen usarla como una estrategia para diferenciarse de los tradicionales, en el sentido de la importancia que entienden aquéllos que hay que concederle a los factores *externos* de la ciencia. Pero no acierta a entender que, tal y como hemos visto más atrás, para autores como Danziger (y hay que tener muy presente que es uno de los *ejemplares* de la ‘nueva historia crítica’ que el autor propone y analiza), dicha dicotomía **no tiene una existencia real**. Tal vez, como recurso narrativo, uno podría aceptar el uso de una tal ‘herramienta analítica’, con la intención de mantener una imagen diferenciada, aunque sólo en sentido metafórico, de lo que podríamos tomar como el adentro y el afuera de la psicología (cf. Loredó, Sánchez y Fernández, 2007). Y es que para Danziger no existen los ‘objetos psicológicos’ como ‘cosas que están ahí’ para ser descubiertos y, en consecuencia, carece de sentido preguntarse por si los factores decisivos que explican su ‘descubrimiento’ a lo largo del tiempo, se encuentran en la vida interior de las ideas psicológicas o en la evolución exterior del contexto social. El cambio de ‘descubrimiento’ por ‘construcción’ es claramente mucho más que terminológico.

En fin, que sí, que también creemos que la *nueva* historia es *mejor* que la tradicional. Afirmación que no tiene nada que ver con supuestos ‘progresos’ lineales, en el mismo sentido en que en las historias tradicionales contaban que las teorías científicas del presente eran *mejores* que las del pasado, que *éstas* habían *progresado* hacia *aquellas*. Uno de los corolarios que se desprende de la afirmación de la *reflexividad*, analizada en apartados anteriores, es que todo aquello que se diga de la psique, en cuanto enti-

dad socio-históricamente constituida, afecta por igual a todos aquellos que la poseen, sean peluqueros, físicos, psicólogos o historiadores. De tal modo que, considerar la metodología que utilizan los psicólogos como el producto de un momento histórico y cultural concreto, implica considerar igualmente que los historiadores hemos de reflejar con mayor o menor fidelidad los estándares establecidos en nuestra época *al margen de que se cuenten buenas o malas historias*. En este sentido, podemos decir que sí se puede evaluar el grado de adecuación de la metodología de un historiador a los patrones que se exigen *en el presente* y, en ese mismo sentido, podemos discernir entre las historias de la psicología animadas por el modo de proceder que regía en el *pasado* (normalmente reconstrucciones presentistas, en el peor sentido del término, acumulativas e internalistas) y las historias que siguen el dictado de la *nueva* historiografía crítica (capaz de poner en cuestión hasta la propia existencia natural de *supuestos* «objetos» psicológicos). Por lo demás, claro que se puede escribir pésima historia abrazando los presupuestos de la *nueva* historia y que se han escrito excelentes historias en el pasado; todo depende de la capacidad de *imaginación* del propio historiador y de su compromiso con la evidencia documental (Hearnshaw, 1984).⁹ Sin embargo, si ustedes me preguntaran por cuál de los dos tipos de historias me convence más —si es que a estas alturas de la discusión todavía pudiera quedar alguna duda— diré que *aquella en la que me he formado*, una historia de la psicología que, como queda ejemplarmente expuesto en el trabajo de Rosa (en este número), atiende a todos los factores implicados en el proceso de producción del conocimiento psicológico, incluyendo los relativos a las estrategias de mercado puestas en marcha a la hora de determinar el *valor* diferencial de los distintos productos científicos.

Por concluir: sigo apostando por el rigor, por la historia que se construye a la altura de los tiempos, que se compadece con los requerimientos de la moderna historiografía de la psicología, esa *nueva* historiografía *crítica*, que tiene mucho que ver con la opción defendida por Gabucio (en éste número), en la que se tiene por buena la posibilidad de que los propios ‘procesos psicológicos superiores’ sean producto de la *historicidad* y de los contextos socio-culturales, en continua transformación histórica ellos mismos. Quizás, la ‘revolución’ historiográfica no ha consistido tanto en señalar factores tan importantes como descuidados por historiadores anteriores, cuanto en ofrecer argumentos convincentes que permiten enhebrar historias con mucho mayor sentido para los lectores contemporáneos. Estas son las historias que me permiten decir como lector, según le gustaba argumentar a Thomas Kuhn y a mí recordar, ‘Ahora ya

9. En una entrevista reciente, Danziger contestaba a su interlocutor que para él el sello de una historia de mala calidad se manifiesta «en el tipo de historia que nos cuenta que el pasado es exactamente igual que el presente.» (Brock, 2006, 3). Me parece que esta simple afirmación contiene destilada toda su filosofía de la historia, que también es la nuestra.

sé lo que ocurrió', mientras que siento que puedo afirmar a la vez «Ahora esto tiene sentido; ahora entiendo; lo que antes fue para mí una mera lista de hechos ahora se ha convertido en una pauta reconocible» (Kuhn, 1968/77, 42). Al menos, eso es lo que a mí me pasa cuando leo una buena historia.

7. PRESENTACIÓN DEL NÚMERO

En lo que sigue, podrán ustedes leer cuatro artículos que han tratado de responder al desafío del presente monográfico, pensando en la historia, en la psicología y en sus posibles relaciones. En ese sentido he animado a los participantes a reflexionar sobre sus propias áreas de especialización. Es decir, a sentarse un poquito a pensar en qué medida hacen uso de sus conocimientos de la historia a la hora de planificar y/o ejecutar su trabajo cotidiano; hasta qué punto consideran relevante y científicamente informativas las modificaciones que han padecido a lo largo de la historia sus propios objetos de investigación; hasta qué punto echan de menos otras 'historias' más orientadas hacia el presente; hasta qué punto, en fin, consideran que la historia está de más en el escenario de una psicología del siglo XXI que se quiere experimental y con grandes dosis de 'aplicabilidad'. Esta es la única consigna que les di a los colaboradores, tratando de no contaminar sus posiciones previas ante la historia, aunque estas posiciones pudieran ser incluso adversas para la misma.

A excepción del trabajo de Alberto Rosa, quien participó como ponente en la citada reunión científica que sostuvimos en Madrid sobre de las funciones de la historia en la investigación contemporánea, y que ahora ha reconstruido su argumentación en forma de texto, el resto de colaboradores han sido seleccionados intencionadamente por su doble condición de investigadores y de psicólogos sensibles a los atractivos de la historia. Claro que no todos ellos participan en el mismo grado de dicha sensibilidad, ni sus intereses concretos de especialización les permiten por igual mantener una relación cotidiana con el pensamiento histórico. Eso, en parte, era también lo que se buscaba.

La idea central del trabajo de Rosa podríamos sustanciarla en su convicción de que la historia de la psicología puede (y debe, según él) contribuir al desarrollo teórico de la propia psicología en tanto que disciplina teórica, ya que comparten en buena medida el objeto de explicación: la *psique*. En el curso de su análisis crítico, encuentra que las funciones que pueden cumplir las historias puramente reconstructivas están prácticamente agotadas en la actualidad (y de las 'ceremoniales' ya mejor ni hablar) y, por eso, alienta a trabajar en la dirección de una 'historia crítica', capaz de producir conocimientos que puedan competir con el del resto de los colegas en el 'mercado de las ideas'. Que en ese 'mercado' no se nos toma en cuenta, que nadie 'compra' nuestros

productos, es, en su opinión, prueba palmaria de que la historia reconstructiva –aunque puede seguir cumpliendo sus funciones– es más bien inútil. A través de un argumento muy elaborado, Rosa nos pone ante el espejo de la (en todos los sentidos) ‘más rabiosa’ actualidad del funcionamiento de la ciencia. Desvelándonos las más intrincadas leyes del mercado que regulan las transacciones de los ‘productos epistémicos’ y hasta qué punto el conocimiento de tal funcionamiento puede ayudarnos a comprender mejor el curso histórico de la ciencia. Claro que el trabajo de Rosa es mucho más que esto, tanto más que lo mejor que se me ocurre es callarme e invitarles a que lo lean a él directamente.

El trabajo que aparece a continuación está escrito por Fernando Gabucio, cuya admiración por (y dedicación a) la historia de la psicología no es necesario subrayar, como tampoco creo que lo sea su interés y entrega en el terreno de la psicología del pensamiento. Según yo lo veo, el de Gabucio puede tomarse como un buen ejemplo de lo que reclama Rosa para la historia de la psicología, una historia *participativa* de la psicología, en la que de la propia narración histórica se desprendan consecuencias ineludibles para la teoría psicológica. En un muy sugerente ‘preliminar’ el autor propone una interesante reflexión sobre la psicología: ¿es una e inmutable o la propia *psique* es el inexorable producto del cambio socio-cultural? Su posición es clara a favor de contemplar ‘lo psicológico’ como una entidad atravesada por la historia, de tal modo que tan interesante como puedan ser las historias de la psicología, también puede ser el examen de la historia de la misma *psique*. Si como quiere Gabucio, la ‘historia de la psicología’ debe necesariamente contar con la ‘historia de la *psicología*’, –cuando lo lean entenderán mucho mejor el juego de las cursivas– entonces la propia descripción histórica de una *psique histórica* en sí misma alcanzará los más altos grados de importancia dentro de la propia teoría psicológica. Lo que diga el historiador de la psicología, sencillamente, no puede ser ignorado por el psicólogo especializado en psicología del pensamiento, en la medida en que su trabajo le muestra una dimensión fundamental de su propio objeto de investigación.

Otra cosa bien distinta es que el investigador no esté de acuerdo con el punto de vista del historiador y siga pensando que no puede más que haber *historia* de la psicología, pero de ningún modo historia de la *psicología*. Con lo cual, en tanto que historiadores, nos encontraríamos en el mismo lugar que al principio de nuestras reflexiones, a saber, en el lugar de quien no sabe muy bien para quién han de ir destinadas sus narraciones, ni de cómo éstas deben ser construidas para poder calar en el resto de los psicólogos alejados de los intereses del historiador. Es, en este preciso sentido, en el que el trabajo de Julia García-Sevilla y Luís Fuentes, prestigiosos investigadores de la Universidad de Murcia en el ámbito de la psicología de la atención, cobra toda su importancia. Por eso nos parecía pertinente aprovechar la oportunidad de escuchar *con atención* a nuestros colegas de la Universidad de Murcia, por lo que pudiéramos

aprender de ellos. Y lo que aprendemos nos aproxima al abismo de la *inutilidad* más efectiva, entiéndase que no de la historia sino, por lo que parece, de los historiadores. ¿Qué tipo de historias se han contado sobre un proceso psicológico tan central para la comprensión de la vida psíquica como es la «atención», se conciba a ésta desde una óptica *naturalista* o *socio-histórica*? La lectura de los especialistas, en este caso concreto, creo que puede resultar extremadamente esclarecedora al respecto: parece ser que, cuando se les invita a pensar en la historia y sus posibles funciones en el terreno de la propia investigación contemporánea, encuentran que los historiadores todavía les debemos algunas explicaciones.

Finalmente, el trabajo de Dolores y Milagros Sáiz, siempre cabalgando entre la ‘historia’ y la ‘memoria’, nos ofrece la oportunidad de redescubrir un Ebbinghaus menos *ceremonial* de lo que acostumbramos. Este trabajo, ciertamente más elaborado en la intención de conectar a los historiadores con los investigadores, es una muestra más de la productiva simbiosis que *de facto* se da entre las autoras y sus respectivos campos de interés. Pero, como puede comprobarse en el mismo listado de referencias bibliográficas que el artículo incluye, no se puede presentar como *único*. En la medida en que conocemos algo de la trayectoria intelectual de ambas, no podemos decir que la ‘memoria’ haya sido *descuidada* por parte de los historiadores. Tal vez en este caso, al contrario de lo que parecía suceder en el ámbito de la atención, la causa de que el historiador ‘no sea escuchado’ por parte de los investigadores no pueda situarse en la ausencia de trabajos de corte histórico. Esto nos anima a pensar que vamos en la dirección correcta potenciando los puntos de encuentro y debate, entendiendo que se impone la necesidad de abrir nuevas vías de comunicación entre los unos y los otros.

Desde que *Adán conoció bíblicamente a Eva*, los vínculos entre el *conocimiento* y el *amor* quedaron al descubierto, yendo más allá de lo puramente metafórico, para convertirse en una descripción literal de tales parentescos. Por eso, no es difícil escuchar decir a algunos colegas –entre los que también hemos de incluir a algunos historiadores, claro– que *sus* investigaciones son *de las más* importantes que se pueden llevar a cabo, puesto que el proceso psicológico de su especialización es *de lo más esencial* para explicar el funcionamiento mental en su conjunto. *Conocerse es amarse*, qué le vamos a hacer. Pero, al margen de las razones que se esgriman desde las distintas áreas de investigación, respecto de lo nuclear que su examen resulta para la construcción de teoría psicológica, sí podemos conceder que los ‘objetos mentales’ que denominamos ‘pensamiento’, ‘atención’ o ‘memoria’ han sido en gran parte de la historia de nuestra disciplina, y lo vuelven a ser en la actualidad, componentes básicos de la reflexión psicológica. Me parece que no está nada mal, para empezar, haber contado con las colaboraciones reseñadas. Pero mucho mejor estaría, sin lugar a dudas, si desde las páginas de la *Revista de Historia de la Psicología* estuviéramos abiertos a consolidar este espacio de discusión.

En definitiva, con este número iniciamos lo que puede ser un fructífero encuentro entre los especialistas de otras áreas de investigación con los historiadores. Esperamos que la limitación que supone tener sólo tres *procesos* representados pueda ser superada con la incorporación puntual de otros colegas del campo de la experimentación o de las diversas ramas de la psicología aplicada. Tiempo habrá, confío, para ampliar nuestro debate abriéndolo a esos nuevos colegas que, aunque concentrados como corresponde en sus propias tareas, estén interesados en pasear por ese puente del saber que permite el encuentro fluido entre el pasado y el presente, entre la historia y la investigación básica o aplicada. A buen seguro que resultaría *útil* (atribúyase ahora el mejor sentido a esa palabra) para ambas partes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGASSI, J. (1963): «Towards an historiography of science». *History and theory. Studies in the philosophy of history. Beiheft 2*.
- ASH, M. G. y W. R. WOODWARD (eds.) (1987): *Psychology in twentieth century thought and society*. Cambridge, Cambridge Univ. Press.
- BLANCO, F. y J. CASTRO (2007): «El rapto de [la psicología en] Europa: mítica y nostalgia en tiempos de convergencia». *Revista de Historia de la Psicología*, 28 (1), pp. 7-15.
- BENJAMIN, L.T. Jr. (1986): «Why don't they understand us? A history of psychology's public image». *American Psychologist*, 41, pp. 941-946.
- (ed.) (1988): *A history of psychology. Original sources and contemporary research*. Nueva York, McGraw-Hill.
- BROCK, A. C. (2006): «Rediscovering the History of Psychology: Interview with Kurt Danziger». *History of Psychology*, 9 (1), pp. 1-16.
- BROZEK, J. y L. J. PONGRATZ (eds.) (1980): *Historiography of modern psychology*. Toronto, Hogrefe.
- BRUSH, S. G. (1974): «Should the history of science be rated X?». *Science*, 183, pp. 1164-1172.
- BUSS, A. R. (1977): «In defense of a critical-presentist historiography: the fact-theory relationship and Marx's epistemology». *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 13 (3), pp. 252-260.
- (ed.) (1979): *Psychology in social context*. Nueva York, Irvington.
- CAPARRÓS, A. (1984b): *La psicología y sus perfiles. Introducción a la cultura psicológica*. Barcelona, Barcanova.
- COON, D. J. (1992): «Testing the limits of sense and science. American experimental psychologist combat spiritualism, 1880-1920». *American Psychologist*, 47 (2), pp. 143-151.

- DANZIGER, K. (1984): «Towards a conceptual framework for a critical history of psychology». *Revista de Historia de la Psicología*, 5 (2), pp. 99-107.
- (1990): *Constructing the subject. Historical origins of psychological research*. Cambridge, Cambridge Univ. Press.
- (1993): «Psychological objects, practice, and history», en H. V. Rappard, P. J. van Strien, L. P. Mos y W. J. Baker (eds.), *Annals of theoretical psychology*, Vol. 8. Nueva York, Plenum, pp. 15-47.
- (1994): «Does the History of Psychology have a future?». *Theory & Psychology*, 4 (4), pp. 467-484.
- FLANAGAN, O. J., Jr. (1981): «Psychology, progress, and the problem of reflexivity: A study in the epistemological foundations of psychology». *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 17 (3), pp. 375-386.
- FUENTES, J. B. (2007): «Para una crítica de la idea de «flexibilidad profesional». Las relaciones entre la historia de la psicología y de las ciencias humanas y los saberes humanísticos». *Revista de Historia de la Psicología*, 28 (1), pp. 19-42.
- GERGEN, K. J. (1973): «Social psychology as history». *Journal of Personality and Social Psychology*, 26 (2), pp. 309-320.
- GERGEN, K. J. y M. M. GERGEN (eds.) (1984): *Historical social psychology*. Hillsdale, N.J., Erlbaum.
- GRAHAM, L., W. LEPENIES y P. WEINGART (eds.) (1983): *Functions and uses of disciplinary histories*. Dordrecht, Reidel.
- HEARNSHAW, L. S. (1984): «The two ingredients of history». *Revista de Historia de la Psicología*, 5 (1-2), pp. 145-151.
- KOCH, S. (1961): «Psychological science versus the science-humanism antinomy: intimations of a significant science of man». *American Psychologist*, 16, pp. 629-639.
- (1981): «The nature and limits of psychological knowledge. Lessons of a century qua “Science”». *American Psychologist*, 36 (3), pp. 257-269.
- (1993): «“Psychology” or “The Psychological studies”?». *American Psychologist*, 48 (8), pp. 902-904.
- KUHN, T. S. (1968/77): «History of science», en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 14. Nueva York, Crowell Collier y Macmillan, pp. 74-83. (Reimp. en *The essential tension*. Chicago, Univ. of Chicago Press, 1977).
- LEAHEY, T. H. (1980): *A History of Psychology*. Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall. (Trad. cast.: *Historia de la psicología*. Madrid, Debate, 1982).
- (1987): *A History of Psychology. Main currents in psychological thought* (2.^a ed.). Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall.
- LEARY, D. E. (1984): «Figuring out the history of psychology». *Revista de Historia de la Psicología*, 5 (1-2), pp. 211-214.

- LEARY, D. E. (1987): «Telling likely stories: the rhetoric of the new psychology, 1880-1920». *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 23 (4), pp. 315-331.
- (ed.) (1990): *Metaphors in the history of psychology*. Cambridge, Cambridge Univ. Press.
- LOREDO, J. C., J. C. SÁNCHEZ y T. R. FERNÁNDEZ (2007): «“Versiones que capturo del olvido”. Reflexiones sobre el sentido de la historia de la psicología». *Revista de Historia de la Psicología*, 28 (1), pp. 45-66.
- LOVETT, B. J. (2006): «The new history of psychology: A review and critique». *History of Psychology*, 9 (1), pp. 17-37.
- MORAWSKI, J. G. (2005): «Reflexivity and the psychologist». *History of the human sciences*, 18 (4), pp. 77-105.
- O'DONNELL, J. M. (1985): *The origins of behaviorism. American psychology, 1870-1920*. Nueva York, New York University Press.
- RAPPARD, H. V., P. J. van STRIEN, L. P. MOS y W. J. BAKER (eds.) (1993a): *Annals of Theoretical Psychology*, Vol. 8. Nueva York, Plenum.
- (1993b): *Annals of Theoretical Psychology*, Vol. 9. Nueva York, Plenum.
- SAMELSON, F. (1999): «Assessing research in the history of psychology: past, present, and future». *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 33 (3), pp. 247-255.
- (2000): «Whig and anti-whig histories –and other curiosities of social psychology». *Journal of the History of de Behavioral Scieces*, 36 (4), pp. 499-506.
- SMITH, R. (1998): «The big Picture: writing psychology into the history of the human sciences». *Journal of the History of de Behavioral Scieces*, 34 (1), pp. 1-13.
- (2007): «Why history matters». *Revista de Historia de la Psicología*, 28 (1), pp. 125-146.
- STOCKING, G. W., Jr. (1965): «On the limits of “presentism” and “historicism” in the historiography of the behavioral sciences». *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 1, pp. 211-217.
- TORTOSA, F. y J. A. VERA (1998): «Historia e historiografía de la psicología», en F. Tortosa (coord.), *Una historia de la psicología moderna*. Madrid, McGraw-Hill, pp. 3-18.
- VERA, J. A. (2006a): «Las funciones de la historia en la investigación psicológica contemporánea». *Boletín de la SEHP*, 36, p. 23.
- (2006b): «¿Qué artículo salvarías de tu hemeroteca si en ella se declarara un incendio? Notas para analizar la evolución reciente de la historiografía de la psicología». *Boletín de la SEHP*, 37, pp. 3-8.
- WATSON, R. I. (1960): «The history of psychology: A neglected area». *American Psychologist*, 15, pp. 251-255.

- WOODWARD, W. R. (1980): «Toward a critical historiography of psychology», en J. Brozek y L. J. Pongratz (eds.), *Historiography of modern psychology*. Toronto, Hogrefe, pp. 29-67. (Trad. en F. Tortosa *et al.* (eds.), *La psicología contemporánea desde la historiografía*. Barcelona, PPU, 1990, pp. 73-87).
- WOODWARD, W. R. y M. G. ASH (eds.) (1982): *The problematic science: Psychology in nineteenth-century thought*. Nueva York, Praeger.